

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

Significado de las presentes huelgas

No sé si se trata de una sensación absolutamente subjetiva, falta por tanto de un mínimo valor desde una óptica aceptablemente analítica, pero tengo la impresión vivísima de que el país ha congado como una forma habitual de vida el existir en dos niveles, el tener dos acepciones distintas del hecho de la ciudadanía, el vivir bajo dos supuestos distintos respecto a las mismas cosas: un supuesto de aceptación pública o política de esas cosas y un supuesto de respuesta personal y silenciosa que gira casi siempre sobre el eje de rechazar moralmente esas mismas cosas que públicamente se aceptan. A primera vista, en observación sumaria, el país se desenvuelve mediante unos mecanismos esquizofrénicos que le causan una constatable fatiga.

Ahora mismo la efervescencia laboral, con múltiples y graves huelgas, parece empujar al observador político hacia conclusiones graves en lo que afecta a la estabilidad del Gobierno, pero si se profundiza un poco más en la observación no es tampoco inconsecuente concluir que seguirá reinando la estabilidad gubernamental ya que el país, o sea, la ciudadanía no dará el paso consecuente y necesario para convertir su hervor laboral en acciones de carácter político. Normalmente, y si se enfoca el asunto según los cánones históricos, el Gobierno debería haber entrado en crisis y su presidente habría iniciado la remodelación del Gabinete, caso de que esta medida fuera ya suficiente para remontar el malestar existente. Y sin embargo el Gobierno continúa su tarea mientras en la calle se suceden los paros, algunos de ellos llevados a término con acciones de carácter violento.

¿Qué le pasa al país? Yo creo que la ciudadanía de los pueblos como el nuestro ha llegado a la conclusión de que la gobernación del Estado tributa a presupuestos y obligaciones que no pasan por la adhesión ciudadana expresada mediante los gestos corrientes hasta ahora de coparticipación. La gobernación del Estado se desenvuelve según criterios nacidos en los reducidos ámbitos de los grandes poderes nacionales e internacionales. La ciudadanía se muestra impotente frente a esos criterios y sólo se cree llamada a participar en los fugaces momentos de las elecciones, momentos que se resuelven de modo global y sin entrar en mayores análisis por

parte del hombre de la calle. La reducción del concepto de izquierda a un sólo partido, prácticamente, y la fijación del concepto de derecha en otra formación concreta e inamovible, hace que el hombre de la calle se vea constraído a elegir mediante una respuesta rigidamente binaria, lo que da siempre un elegido y un derrotado sin posibilidad real de que otras ideas y otras formaciones partidarias lleguen a conquistar cotas de poder electoralmente. Las elecciones son un trámite de carácter simbólico en el que no se trata verdaderamente de política real sino de signos globalizantes, como ya he dicho antes. Las elecciones constituyen una liturgia inamovible.

El país vive así dos vidas fácilmente identificables. Una vida de sumisión en el ámbito externo, con admisión como permanentes de unos poderes diseñados rigidamente, y una vida de irritación y protesta que abarca desde el ámbito interior del propio espíritu hasta el ámbito a veces de la calle, sin que en ningún caso, ni siquiera cuando se trata de actuaciones callejeras, quepa sospechar que todo ello va a afectar la estabilidad gubernamental. Salvo acontecimientos de particular gravedad el Gobierno no se ve comprometido por ninguna clase de movimiento popular, al que se da una interpretación más bien administrativa a resolver como es lógico por la vía administrativa. Podríamos decir que la administración es hoy el marco en que se sustancia la dialéctica Gobierno-masas, mientras la política ha quedado reducida a niveles muy estrictos y opacos de la gobernación del Estado. Así como antes, cuando la democracia burguesa era fuerte y creadora, se decía que todo era política, ahora puede sostenerse que nada lo es.

Yo no sé a dónde iremos a parar como comunidad con este tipo de comportamientos reductores, pero tengo el palpito de que la vida se está empobreciendo sensiblemente y que la calle ya no atrae a quienes desean en el fondo de su alma un cambio real del orden existente o, al menos, del gobierno reinante. La calle sólo expresa unas determinadas ópticas que el Poder se apresura a reducir rápidamente a lo administrativo. Es decir, la calle ya no supone un peligro para el equipo gobernante y, mucho menos, para el partido que le respalda.

Como es obvio este análisis que hago ahora, repleto de urgencia ante la floración ubérrima de huelgas, desea concitar un determinado cambio en la visión de los ciudadanos a que pueda llegar con mis impresiones. De lo que se trataría es de establecer una cadena sólida, con eslabones fuertes, entre la ciudadanía y el poder, pero en términos no de sumisión sino de acción crítica traducible a realidades graves cuando así se crea respecto al quehacer político de quienes gobiernan el Estado. En suma, se trata de evitar a los ciudadanos que hoy huelgan, y gritan su disgusto por la acción gubernamental, ese tenor de encojimiento y de visión irremediable de las cosas que hoy muestran. La ciudadanía ha de llegar a la conclusión de que es posible imponerse al Gobierno cuando así convenga logrando con ello unas modificaciones en el Gabinete o incluso efectos más sensibles en el equipo que ocupa el poder. Me refiero, como es evidente, a que estos movimientos callejeros, que producen incluso enfrentamientos de orden público, debieran significar un cambio sustancial en la política española, si ello fuere necesario mediante la convocatoria de nuevas elecciones tras una campaña muy seria de concienciación y crítica.

Lamentablemente cuanto dejo escrito sólo llega a tener una trascendencia muy reducida. A veces ni esto siquiera. Normalmente la eficacia del analista o del crítico menguan hasta convertirse en un puro ejercicio de estilo o reverterien hacia la emisión de hipótesis de trabajo sin más. El país va perdiendo así el pulso y los Gobiernos se suceden y permanecen, que esto es lo peor, con independencia de las acciones de la ciudadanía.

Sin embargo, algo me dice en el fondo de mi almarío que el Gobierno socialista empieza a enfrentarse con un renacimiento popular. Creo que las huelgas en marcha no están conducidas por un afán puramente administrativo sino que empieza a haber en ellas una intención y un sentimiento visiblemente políticos. Veremos a dónde llegan. Uno aguarda un renacimiento de la voluntad política y soberana del país porque sólo desde esa voluntad y esa soberanía es posible acometer la seria reforma que precisa nuestra colectividad.

(*) Escritor

Ezkerra eraberritu

Ez du balio itsuarena egitea: zerbait, eta larririk, gertatzen da Europako ezker sozialistaren alorrean. Gertakariak hitz gutxitara biltzekotan, hauxe esan daiteke: ezker-taren inguruan elkartu izan den populuz soziologikoa ez duela jadanik geroan sinesten.

«Pasotismo» hazkorraren gakoak aztertzeko ausardia izan behar duguz. Egon, gizartea ez baitago gaur atzo baino liberatuago, edo bere buruaren jabeago.

Badirudi formulazio zaharrek ez dutela gaurkoan balio. Ez pipiak osoki jota dauden ortodoxia batzuk. Baina are gutxiago, jakina, «ezker-tar» pentsatzaile batzuk lotsarik gabe proposatzen dituzten «liberalismo» itzulera» harigarri horrek.

Azkeneko urte hauetan gertatu diren aldakuntza soziologikoen sakona ukatzerik ez dago. Eta stalinismoaren inguruan gertatutako aldrebeskeria larriak ere ez. Moskutik gaur datorren berrikuntza, gutzit agertzen da esperantzagarri.

Jatorrizko sozialismoak kaleratu zuten helburu gizatarra. halere, kapitalismoa erazi, eta maila gutzietako berdintasunean funtsatutako gizarte anai-korra, helburu gaztea da: orain dela chun urte bezain diraditsu eta erakar-garri.

Sinesgarritasuna du falta. Zer ulertuko du herri xheak. adibidez, Lc Pen-en aldeko boto-emaleen herenak botoa Miterrand «sozialista»-ri emango diola ikastean? Zer González eta Guerra «sozialista» omen direla ikustean?

Marxek eta Proudhonek ezagutu zuten proletarogoa eta geure begien aurrean daukaguna, desberdinak dira; nahiz, funtsean, bai hau eta bai hura, burgesiaren jopu ezinduko izan. Maiz-tzaren aurreko bezpera honetan, pro-jektu sozialistaren eraberritzea eta gaurkotzea eskatu behar da.

Gizarte anaiok eta berdindua lortuko lukeen esperantza, ez baita ihartu, ezta iharituko ere.

Hots, euskal ezker iraultzaileak badauka bor, internazionalismo hutsaren zerbiztutan, bere zer esana eta zer proposatua. Uste dugu baino gehiago agian!

TXILLARDEGI

hemeroteca

¿Dialogar o descalificar?

(Philip W. Silver, «El País», 30-4-88)

En el transcurso de su artículo, Patxo Unzueta me relaciona con Herri Batasuna y con ETA para descreditar mis razonamientos, y también tiene la bondad de identificarme como «hispanista norteamericano» para sus lectores, pero debajo de su artículo, como parece ser la costumbre en la sección de Opinión no se dice nada para identificar a Patxo Unzueta. Entonces, con toda lógica, concluirá el lector, Patxo Unzueta va por libre, es otro colaborador eventual como Antonio Elorza, Ignacio Sotelo o Philip W. Silver. El Anuario «El País 1988», sección Nacional-Política, páginas 64-65. A Patxo Unzueta se le identifica como redactor de la sección de Opinión de «El País».

O sea, que el descalificador de mi punto de vista no es un colaborador eventual, sino un redactor, un empleado fijo del mismo periódico; y no sólo eso, sino un redactor de la mismísima sección de Opinión. Vamos a ver si hemos entendido esto bien. Primero «El País» ofrece una tribuna aparentemente libre a

sus lectores, invita su colaboración sobre temas de acuciante interés nacional, como el llamado problema vasco, la violencia, la paz y la negociación. Segundo, cuando surge cierto tipo de respuesta a su convocatoria, un redactor del mismo periódico, y de la misma sección de Opinión, entra a mansalva, y sin identificarse como tal fulmina al convocado. Patxo Unzueta, ¿no se llama esto, hablando en castizo, ser juez y también parte?

Ultimamente se empiezan a escuchar voces aquí en Madrid que hablan de la paz y no de la pacificación de Euskadi. Sin embargo, antes de la reciente oferta de tregua de ETA era imposible hablar en público de una verdadera negociación para conseguir la paz. Pero hay que matizar. Recientemente hubo dos coloquios sobre la negociación en el Atenco, sí, mas el hecho se silenció en la televisión y en los periódicos de Madrid. También se debatió la misma cuestión en San Sebastián, pero si Savater no hubiera contado su versión de lo ahí ocurrido en «El País», nadie fuera de San Sebastián se habría enterado.

Y lo peor es que cuando —para desmentir que no se puede hablar en los mass media de Madrid de ne-

gociación— se invita a voces discrepantes al programa «Querido Pirlup!», esas voces encuentran la misma obstaculización. Frente al filósofo Sádaba —que había dicho de los mass media— ahí estaba el filósofo Savater que lo insultaba y no lo dejaba hablar, confirmando el aserto; y frente al eurodiputado Txema Montero ahí estaba el socialista crítico García Damborenea para hacer lo mismo, con sus reiterados insultos e interrupciones.

Ahora ¿no ha procedido «El País» de la misma manera con mi modesta proposición? ¿Dónde están entonces la verdadera libertad de expresión? ¿O es que en Madrid sólo se puede decir lo que dice el Gobierno?

Curiosidad

(Manuel Alcántara, «Ya», 30-4-88)

Todas las curiosidades son malas, especialmente las que afectan a la conducta de los políticos en el poder, pero el caso es que el pueblo español está intrigado. ¿Es una maldita coincidencia que aparezcan como socios en el sonoro asunto del parque de Doñana un familiar del presidente del Gobierno, un amigo íntimo y el

consejero delegado de la Expo-92? ¿Ha reaparecido la figura del cuñado? ¿Ha habido tráfico de influencias y acceso a información privilegiada? Nunca lo sabremos. Los socialistas han vetado la creación de la comisión investigadora pedida por la oposición. Si no hay detectives que investiguen, se eli-

mina la engorrosa figura del culpable. Lo mejor es no remover nada para que no huela peor, pero la gente de la calle percibe un fuerte aroma de corrupción. No tendrán más remedio que taparse las narices, porque lo único que está claro es que no va a haber comisión investigadora.



«Navarra hoy»